

# COMENTARIOS Y VISIÓN PERSONAL A RAÍZ DE HABERSE CUMPLIDO 50 AÑOS DEL EGRESO DE LA PROMOCIÓN “RENÉ GASTELUMENDI” EN EL 2016

*Comments and personal vision as a result of completing 50 years of discharge of «René Gastelumendi» class in 2016*

ALEJANDRO GRAÑA ARAMBURÚ <sup>1</sup> †

No es tarde todavía para recordar esos meses de 1961 en la Facultad de Medicina de San Fernando, cuando cursábamos el primer año de medicina y tuvimos que sufrir multitud de incertidumbres, de agravios y de humillaciones por parte de los grupos políticos que habían tomado verdadero comando de los alumnos de la Facultad. El ambiente no era puramente estudiantil, solo un pequeño grupo de nosotros tenía el firme propósito de estudiar sin meternos en otros asuntos y nos sentíamos honrados de hacerlo en ese recinto de tanto significado histórico, con los recuerdos lejanos de médicos notables como el prócer Unanue, José Cayetano Heredia, Casimiro Ulloa, entre otros. Pero sabíamos que eran elementos mentales y energías que comunicaba el ambiente del recinto. Todo eso había concluido en 1856 cuando justamente Heredia, sustentándose en el Reglamento Orgánico de Instrucción que había promulgado el presidente Ramón Castilla en 1855, incorporó la Escuela de Medicina del Colegio de la Independencia a la Universidad de San Marcos, quedando

establecida la Facultad de Medicina de San Fernando que unificó las disciplinas médicas como la cirugía, la farmacia y la obstetricia, y desde allí se inició la modernización médica en el Perú.

En verdad eran recuerdos, pero entonces amábamos nuestra Facultad, que era al mismo tiempo nuestra casa de todos los días. No esperábamos que los grupos políticos que se disputaban el control de la Universidad llegaran a obstaculizar en tan gran medida nuestro aprendizaje por medio de sus agitadores partidarios. Empezamos obligadamente a tener que asistir a asambleas que no nos interesaban ni tenían ningún significado para nosotros. Ni siquiera sabíamos quién o quienes las convocaban ni bajo qué autoridad, únicamente éramos conscientes que en esas reuniones siempre estuvimos en minoría y nuestras palabras no interesaban a nadie. Esa discriminación ocurría también en los patios de la Facultad y en la calle. Los políticos lograron dividir a los alumnos en dos bandos que necesariamente generaban

<sup>1</sup> Alejandro Graña Aramburú. Médico-Cirujano. Especialista en Ginecología. Doctor en Medicina, UNMSM. Magister en Historia, UNMSM. Profesor de Historia de la Medicina y Filosofía, UPSJB. Miembro de la Asociación de Historia de la Medicina y Parques Conmemorativos.

† Fallecido el 14 de febrero del 2018.

hostilidad entre sí, pero que siempre nos dejaba en desventaja frente al mayor número del bando politizado. Fueron muy duros esos momentos, sobre todo aquellos en que tuvimos que enfrentarnos físicamente a las mayorías dominantes, a veces a pedradas, y en ocasiones ni siquiera contra otros estudiantes sino con matones que infiltraban los grupos políticos en la Universidad. En dos oportunidades fui expulsado del anfiteatro anatómico por gente de fuerza que aparecía de la nada y nos obligaba a cumplir las huelgas que no nos favorecían, y muchas veces sufrimos amenazas, vejámenes y humillaciones gratuitamente. Era desagradable pararse a esperar el bus en la esquina de la Facultad para poder regresar a nuestras casas. A veces éramos burlados, hostilizados y retados. De eso se deben acordar algunos, lamentablemente compañeros como Enrique Cipriani, Pepe Avendaño, Mañuco Pérez y otros que vivieron eso y ya no nos acompañan con los recuerdos.

El mayor revuelo se produjo cuando el gobierno promulgó la Ley 13417 el 13 de abril de 1960 en la cual se establecía el cogobierno estudiantil, cosa que no era nueva en Perú pero que resultó cismática para nosotros. Nos provocó una gran inquietud e incertidumbre porque sabíamos que se venían problemas que estaban fuera de nuestras manos. Nuestros profesores se acogieron al famoso artículo 34 de la ley, que en lo referente a La Facultad de Medicina indicaba que ésta debía regirse en acuerdo a sus propios estatutos, y fue así como muchos alumnos apoyamos la actitud de los docentes.

Sucedió que en julio de ese año de 1961 el Congreso de la República derogó el artículo 34 de la ley, lo que dejaba sin efecto la autonomía de la Facultad y precipitó la renuncia masiva de la gran mayoría de los profesores, unos 450 en total. Esto importó sólo a nuestro grupo,

el eslogan de los estudiantes mayoritarios era decir “No hay nadie irremplazable”. Nos quedamos literalmente “en el aire”, muchos escribieron a diversas universidades del mundo para ensayar suerte porque nuestra universidad había entrado en huelga indefinida y total incertidumbre. Particularmente, y por una ocasión familiar que se presentó, yo viajé a Madrid con la intención de seguir la carrera médica allá, no sin antes colaborar con muchos de mis compañeros en el apoyo moral y económico al grupo de profesores que se había constituido en una agrupación llamada “Unión Médica de Docentes Cayetano Heredia”. La idea central era formar una escuela médica privada y basada en un ideal de excelencia. No hay que olvidar que a la cabeza de esta unión se encontraban el Dr. Honorio Delgado y el Dr. Alberto Hurtado, célebres personajes de nuestra medicina.

Esta ruptura del profesorado con la universidad de alguna manera podría recordar históricamente el acontecimiento ocurrido en 1884, cuando durante el gobierno dictatorial del general Miguel Iglesias se impuso al doctor Juan Corpancho en la cátedra de Obstetricia sin el concurso reglamentario. El acto provocó la protesta del decano Manuel Odriozola, del secretario José Casimiro Ulloa y de la mayoría del profesorado que había sido nombrado legítimamente por el ex presidente García Calderón. Al final el hecho terminó en la destitución por parte del gobierno de todos los que habían protestado aduciéndose “desacato a la autoridad”. Y ¿cuál fue la respuesta de los docentes destituidos? Nada menos que unirse y crear la “Academia Libre de Medicina”, una agrupación valiosa y heroica, en acuerdo por supuesto con la visión altamente elitista de la época, es decir selectiva en cuanto a sus miembros. Uno de los primeros pasos de esta Academia, afortunado o no, fue convocar a un concurso sobre “Etiología, Anatomía Patológica

y distribución geográfica de la Verruga”, que concluiría en junio de 1886, un año después, pero sus bases eran casi imposibles de cumplir porque nadie deseaba llegar hasta las zonas de verruga y por tanto nadie concursó, pero al final costó la vida del estudiante de medicina Daniel Alcides Carrión.

En nuestro caso, ocurrió que en setiembre de ese año de 1961 apareció el Decreto Supremo N°18 respondiendo al pedido de nuestros profesores y autorizando el funcionamiento de la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas con su Facultad de Medicina Cayetano Heredia.<sup>(1)</sup> El autor de la moción para denominar así a la nueva escuela médica partió de la espontaneidad del Dr. Víctor Alzamora Castro y fue aprobada por mayoría entre los docentes renunciantes. Tiempo después tuve oportunidad de preguntarle al Dr. Alzamora por qué había escogido ese nombre, ya que había tenido oportunidad de leer los escritos del Dr. Enrique Paz Soldán sobre “Decanos, Maestros y Médicos de la Facultad de Medicina” y sabía que Heredia había más bien incorporado la Escuela Médica del Colegio de la Independencia a la Universidad de San Marcos, naciendo así la Facultad de San Fernando. La respuesta del Dr. Alzamora no fue muy clara, pero creí entenderle algo así como que Heredia había modernizado la medicina en el Perú y de allí nació la idea de su moción. No pregunté más.

Muchos alumnos que respaldábamos a nuestros profesores empezamos a sostener reuniones privadas con ellos, particularmente

recuerdo que la casa del Dr. Alberto Sabogal se abrió para ese propósito, así como otras varias incluyendo la propia de mi familia. En esas reuniones se discutía el destino de todos y el porvenir de la nueva universidad, y generalmente estaban sazonadas con discursos que nos levantaban mucho el ánimo, recuerdo en particular aquellos del Dr. Honorio Delgado con las precisiones idiomáticas que él solía hacer. Varios alumnos concurrían allí y también personas amigas que mostraban interés en el tema. Tengo reminiscencias de tertulias en las que participaban Raúl Cantella, Natalio Banquero, Pablo de Madalengoitia, mi tía Rosa Graña, Enrique Cipriani, Jorge y Patricio Sabogal, y otras varias personas, y todos argumentábamos decididamente contra el cogobierno, al menos de la manera en que el gobierno de turno lo interpretaba, a más de criticar las ideas del Dr. Luis Alberto Sánchez y las de Max Hernández, líder estudiantil de la izquierda. Allí también conocimos el libro escrito por el Dr. Víctor Alzamora “*Mi Hospital*”, con referencia por supuesto al Hospital Dos de Mayo que representaba entonces la crema de la docencia, junto con el Hospital Loayza. En esas circunstancias, muchos colaboramos decididamente buscando apoyo económico de algunas firmas comerciales y gente de negocios conocidas. En el equipo que formábamos Renato Guzmán Barrón y yo, y sin ninguna ayuda familiar, logramos coleccionar más de 40 000 soles, en gran parte por simpatías personales de personajes conocidos en el mundo de los negocios y nuestra terrible insistencia. Esto fue entregado en un programa televisivo hecho para ese fin, y puse un sobre en las manos de Raúl Cantella, que se encontraba entre los animadores, pero obviamente no se nos proporcionó recibo alguno, ni se contó el dinero, ni se anotó nuestros nombres. En este sentido pasamos al anonimato total.

1 Nota del editor. Habiéndose hecho las gestiones, pertinentes, por el D.S. N° 16 del 1 de marzo de 1965, la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas pasó a llamarse Universidad Peruana Cayetano Heredia y la Facultad de Medicina Cayetano Heredia sería, simplemente, Facultad de Medicina. Esta, posteriormente, pasó a llamarse Facultad de Medicina Alberto Hurtado y, después, de nuevo, Facultad de Medicina. Actualmente es la Facultad de Medicina, Estomatología y Enfermería.

Estando en Madrid estudiando medicina, muchos meses después, se me comunicó que “Cayetano Heredia” ya empezaba a funcionar y después de una dura disquisición finalmente decidí no quedarme en España y terminar la carrera en Perú. No fue nada fácil pero tomé esa decisión apostando por Cayetano y por mis amigos con quienes deseaba terminar mis estudios. Cuando llegué a Lima me indicaron que la universidad estaba funcionando en el antiguo Colegio Belén, en el centro de Lima, me dirigí allí y mi primera impresión fue de asombro y de cierta decepción. ¿Quién me iba a enseñar medicina en ese antiguo colegio de niñas donde no había nada, apenas un par de gabinetes muy elementales? Encima, pensaba entonces con cierta incomodidad y superstición, que debía flotar en el ambiente alguna influencia de las niñas que ocuparon el local antes, vale decir un poco de humores “malvaditos” propios de la naturaleza femenina. No lo digo yo, lo dijo Freud y Lacan, y también Sófocles y Eurípides, solo hay que recordar las obras sobre *Electra* y sobre *Medea* para entender todo esto mejor. Así jugaba mi imaginación en esos tiempos.

En fin, la escuela de Cayetano se logró como se pudo y con mucho esfuerzo, nosotros logramos graduarnos también con mucho denuedo, sin que por ser fundadores se nos hubiera concedido ningún privilegio de ninguna especie. La verdad que no fue nada fácil, siempre requerimos de grandes sacrificios, y más todavía los que trabajábamos para sustentar los estudios. En mi caso no fue nada tan digno porque trabajaba algunas horas al día en “La Parada”, lugar peligroso y poco agradable para concurrir. Eso, sin embargo, no me evitaba las malas noches de intenso estudio.

La idea central de nuestros maestros de que se plasmara una escuela médica privada no

llegó a gestarse sino por breves momentos, pero hay que reconocer que si tuvo gran éxito el espíritu de la excelencia que se comunicó a la enseñanza y que persiste hoy con notables logros académicos. La creación de Cayetano Heredia, no obstante, fue sin lugar a dudas un hecho de gran dramatismo que costó un millón de sinsabores, de frustraciones, de ardua labor y de una gran desesperanza. Los estudiantes tuvimos por momentos algunas disyuntivas. Amábamos todavía profundamente San Fernando, y estoy seguro que eso debió ser por su magia histórica que nos penetraba hasta los huesos, pero tuvimos que virar nuestros sentimientos hacia nuestra nueva universidad. Olvidar momentáneamente ese local de la Avenida Grau, pleno de dramatismos pero que nunca dejamos de querer. Su construcción era de 1903 y para nosotros contenía las memorias vivas de los célebres pioneros de la medicina peruana que vivían en la energía de nuestro espíritu. Tuvimos que desarraigarnos de todo eso de un solo golpe y enrumbar otro camino. De otro lado, hay que reconocer que la “magia” que constituyó la aparición de la Universidad Cayetano Heredia no fue de ninguna manera histórica, no había todavía nada que recordar. Pero en sus orígenes quedan grabadas intensas luchas, incertidumbres, sudores fríos, lágrimas de frustración, humillaciones, angustias y hasta sangre. Nunca, sin embargo, nos abandonó la esperanza que se lograría algo concreto y eficiente, un lugar en donde se pudiera estudiar medicina con seriedad y en paz.

Si bien nuestros maestros generaron las ideas y el tesón para que este sueño se cumpliera, nos ilustraron y convencieron con la visión de una nueva y excelente universidad, el verdadero toque de heroísmo creo que lo pusimos nosotros, los que batallamos en las aulas y en las calles frente a frente con los opositores políticos, los alumnos fundadores y pioneros de nuestra universidad.

Nada es fácil de lograr en nuestro país, el ambiente está repleto de ingratitudes, de envidias y de obstáculos, más aún vivimos en un país que no ha definido totalmente su personalidad nacional, por eso creo que el logro de la Universidad Cayetano Heredia representa un puente que sobresalta todo eso, una labor con espíritu de creencia y de cooperación entre maestros y alumnos. Creo que ya nadie recuerda en gran medida nuestra sacrificada labor que permanece irremediablemente en el anonimato. No creo que nadie tenga gran memoria de esos días terribles de lucha interminable ni los muchos nombres de quienes participamos de cuerpo entero en todo eso.

Los datos expresados en este artículo proceden en su mayoría de las memorias personales del autor de esta nota además de haber consultado varios artículos periodísticos de la época y los siguientes escritos:

1. C.E. Paz Soldán. Decanos, Maestros y Médicos de la Facultad de Medicina de Lima. IMS.UNMSM, Lima 1957.
2. Juan B. Lastres. La Facultad de Medicina en la segunda mitad del siglo XIX. Historia de la Medicina Peruana, Lima, 1951.
3. Oscar G. Pamo. Los dos cismas de la Facultad de Medicina de Lima (1884 y 1961). En: Temas de la historia médica del Perú. Lima: Megaprint Editores S.A., 1990: 59-90.
4. Oscar G. Pamo, Miguel Rabí. Centenario de la Sede Central de la Facultad de Medicina de la Universidad Mayor de San Marcos. *Anales de la Facultad de Medicina*, UNMSM, 2004:206-214.
5. Fernando Porturas Plaza. Origen de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. *Rev Med Hered.*1999;10 (4):151-156.
6. Eduardo Zárate. Inicios de la Escuela de Medicina de Lima. Cayetano Heredia el organizador. Lima: ANR, 2004.
7. J. Casimiro Ulloa, M.C. Barrios, A. Pérez Roca. *Boletín de la Academia Libre de Medicina de Lima*. Primer año-Tomo I, 1886, Lima.